

VIRGEN DEL ROSARIO.

Homilía en la Misa Solemne. + Rafael, Obispo de Cádiz y Ceuta

Cádiz 7 octubre 2019

Queridos hermanos gaditanos:

Acudimos a la cita obligada con nuestra madre, Ntra. Sra. del Rosario, como hijos que la quieren, como un obsequio de amor. Eso ha sido la novena de estos días y será la procesión de hoy: un regalo de amor.

Recordamos especialmente hoy que nuestra Madre siempre ha estado acompañándonos, protegiéndonos y escuchando nuestras súplicas. La Función del Voto recoge la promesa de los Cabildos de la ciudad a partir del a. 1.730, que hoy ha renovado el Ilmo. Sr. Deán de la Catedral. No queremos que sea un hecho protocolario donde se cumple con una tradición, sino un auténtico acto fe, donde manifestamos nuestra confianza en María y le encomendamos nuestra ciudad: a los adultos y los jóvenes, a los ancianos y los niños, casados o solteros y viudos, a los religiosos o religiosas y consagrados, a los sacerdotes y seminaristas, a los profesionales y los políticos..., todos sin excepción. Sin duda tienen preferencia en nuestra atención los pobres y necesitados, los que no tienen trabajo, los enfermos y ancianos que sufren, los excluidos de la sociedad, los emigrantes y refugiados, los que viven sin sentido y perdidos en la vida, y los pecadores que necesitan conversión. Pedimos hoy a la Virgen muy concretamente por Cádiz y todos los gaditanos, que han acudido ya aquí en masa durante estos días con sus parroquias y cofradías, con los colegios y asociaciones, con religiosos y universitarios, mostrando cada cual su devoción. Yo quisiera prestar nuestra palabra y recuerdo también a los que no han venido ni vendrán, para que la Madre de Dios no deje que buscarlos, como hizo Jesús, por los que también dio la vida muriendo en la cruz.

Ampliando nuestra mirada a este mundo globalizado pidamos especialmente la paz, que cesen las guerras y los conflictos armados, que progrese el desarrollo de las naciones, el reparto de la riqueza para superar las desigualdades, el respeto a los derechos de las personas, que tantas veces es conculcado dejando un lastre de humillación, odio y amargura que producen tan profundas heridas, hacen infelices a las personas y hacen peligrar la convivencia y la paz.

María, Nuestra Señora, visitó a su prima santa Isabel. Lo contemplábamos en el evangelio. ¡Que encuentro maravilloso de donde brota la alegría para el mundo, la caridad que mueve las voluntades, donde entra el Divino Salvador públicamente en la historia introducido por su Madre! Pero la Virgen Santa también nos visita a nosotros, que en este santuario la visitamos hoy. Que ella nos mueva desde adentro para hacernos vibrar con la voluntad de Dios.

Estamos celebrando este mes de octubre el Mes Misionero Extraordinario que ha puesto alerta a toda la Iglesia por deseo del Papa Francisco. No pretende que sea una jornada más, donde hagamos presentes un poco más y mejor a los misioneros, etc. quiere ser un revulsivo para la Iglesia que tome en serio su vocación y misión, es decir, nuestra vocación y misión, poniendo su deseo de transformar nuestras comunidades en

una Iglesia viva, “en salida”, disponiéndonos a evangelizar. Su pensamiento y deseo, expresado claramente en *Evangelii Gaudium*, nos propone un cambio radical, capaz de orientar nuestras actividades y nuestra pastoral de un modo nuevo, poniendo en el corazón de cada parroquia, cofradía, congregación o asociación, o en cada fiel en particular, el propósito de anunciar a Cristo y de acompañar a cuantos nos rodean para procurar un encuentro vivo con el resucitado. El Papa Benedicto XV hace cien años publicó la encíclica *Maximum Illud* la Iglesia revolucionó la misión con los misioneros nativos y la difusión de la fe en tantos nuevos lugares del mundo entero, aun cuando soportaban en Europa las consecuencias catastróficas de la primera guerra mundial. Hoy Francisco espera de nosotros una respuesta parecida que comience por despertarnos a cuantos vivimos pacíficamente la fe sin darnos cuenta de que estamos también nosotros en tierra de misión; la tenemos al lado, junto a nosotros, conviviendo con no bautizados, con muchos que ya no saben nada del evangelio, que no conocen a Dios. Hoy son muy numerosos entre nosotros los que nunca han oído hablar de Dios, o conocen tan solo los prejuicios. Me pregunto si responderemos nosotros como entonces. Esta intención toca de lleno el corazón de tantos padres que sienten el alejamiento de sus hijos y nietos de la Iglesia, de tantos cercanos perdidos en la vida, los problematizados por situaciones familiares personales donde sienten perder la vida, de tantos heridos por la vida sin capacidad de respuesta, de tantas guerras por la que hemos de convertirnos en “hospital de campaña” para acoger, consolar y curar a los pobres, marginados, excluidos, desvalidos. El amor de Dios para ellos no está lejos si, llenos de Dios, vivimos nuestra misión. Retomemos, pues, con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida pastoral. Comprendamos que somos “bautizados y enviados” para realizar un “impulso urgente del amor y como fruto de su intrínseca lógica de don, de sacrificio y de gratuidad” (Mensaje del Santo Padre por la Jornada Mundial de las Misiones 2019). Este Mes Misionero Extraordinario ha de ser “una sacudida que nos impulse a ser activos en el bien; no notarios de la fe y guardianes de la gracia, sino misioneros”. La primera condición para ser misioneros está en vivir como testigos, “testimoniando con nuestra vida que conocemos a Jesús”.

Comencemos por orar. La primera dimensión es el encuentro personal y comunitario con Cristo a través de la oración, la Eucaristía y la Palabra de Dios. “Quien predica a Dios que sea hombre de Dios”, se solía decir. La Virgen del Rosario nos invita a hacerlo desgranando cada misterio del rosario para compenetrarnos más y más con ella que sigue en todo al Señor; nos anima a meditar estas cosas y rumiarlas en el silencio del diálogo con Dios; va por delante de nosotros aceptando la voluntad de Dios y animándonos, como en las bodas de Caná de Galilea: “haced lo que El os diga”.

Lo contrario a la misión es la omisión. Quien está con Jesús sabe que se tiene lo que se da, se posee lo que se entrega; y el secreto para poseer la vida es entregarla. Vivir de omisiones es renegar de nuestra vocación: nuestro pecado puede ser enterrar por miedo o comodidad el talento de la fe, como hizo el siervo de aquella parábola de Jesús. Y Dios fue severo con él. “Pecamos de omisión cuando no estamos alegres, cuando caemos en la resignación, cuando nos quejamos de que todo está mal y cuando vivimos paralizados por el miedo: Cuando vivimos la vida como un peso y no como un don; cuando en el centro estamos nosotros con nuestros problemas, y no nuestros hermanos y hermanas que esperan ser amados” (Francisco, Homilía en la inauguración del Mes

Misionero Extraordinario). Toda ayuda debe empezar por abrir al otro al amor del Padre, por propiciar ese encuentro capaz de transformar una vida.

Pongamos la misión en el centro de nuestros intereses y programaciones en las parroquias, cofradías y movimientos, como algo ordinario, un lugar donde experimentar y crecer en caridad, realizando esta gran obra de misericordia y potenciando toda la misión. Que nos entre en la cabeza que cada uno tenemos una misión, o, mejor aún, somos una misión. Como María, llevados por el Espíritu, visitemos a amigos y conocidos portando al Señor, anunciando la fe que trae al mundo la salvación. Acerquémonos al testimonio vivo de los que evangelizan hoy, colaborando con los misioneros, con los catequistas, participando en proyectos de difusión del evangelio, de predicación, de llamada a los alejados, de primer anuncio y de invitación, sin perder el tiempo añorando tiempos pasados ni lamentándonos por lo que no funciona.

Los jóvenes también necesitan hoy escuchar su llamada. La Exhortación del Papa a los jóvenes, *Christus Vivit*, nos recuerda de nuevo a toda esta ineludible misión. “Jesús vive y te quiere vivo”, nos dice, alentándonos a volar alto, lanzándonos a un anuncio que renueva la vida y la lleva a una plenitud desconocida por la mayoría. Confiar en ellos es salir a su encuentro anunciándoles la plenitud del amor de Cristo que responde a sus inquietudes y deseos, que ofrece la libertad, que da solidez a la vida, con los pies en la tierra, sin miedo a dialogar. El Papa nos abre horizontes, muestra los caminos concretos de una evangelización apasionante que nos exige trabajar unidos, compartir esfuerzos, alentar sus raíces, fomentar la escucha, pero con responsabilidad y dirección, saliendo de nuestras trincheras autorreferenciales donde con frecuencia estamos encerrados. Los que somos creyentes, discípulos del Señor, sabemos bien que la caridad es expansiva, abierta a la llamada e invitación, a proyectarse en la familia, la vida social, la política, el bien común, como protagonistas de la revolución de la caridad. Ese amor nos urge hoy a resistir las patologías del individualismo consumista y superficial (n.174). Dios nos invita a llevar la fe a los amigos, en la familia, en el trabajo o en el estudio, en el deporte, en el voluntariado. Como María, “bendita por haber creído”, estemos abiertos a la acción del Espíritu Santo ofreciendo la fe persona a persona y creando ámbitos donde compartir la experiencia viva de la Iglesia que es hogar y lugar de encuentro, de caridad, belleza y compromiso. Gocemos, como ella, de los regalos de Dios poniendo en juego nuestra vida, porque correspondiendo a su amor, haciendo su voluntad. El nos hace crecer y gozar, madurando en el camino de la santidad. Jóvenes cristianos, os lo dice el Papa especialmente a vosotros: sed misioneros valientes, testigos del evangelio, apóstoles auténticos, instrumentos de luz y esperanza en medio de la sociedad.

Hermanos: la Iglesia es siempre joven si es fiel a si misma, si se deja renovar interiormente, si se apresura a innovar lo que se ha de cambiar, si prescinde de lo que sobra y gana en autenticidad, si responde con prontitud y audacia a los nuevos retos en su misión, si no se estanca en sus seguridades y responde a las nuevas llamadas que percibe a su alrededor. El amor de Dios es mayor que nuestras pequeñeces, nos alienta al compromiso como protagonistas de una renovación de servicio y caridad. Busquemos tan solo ser sal de la tierra y fermento para el mundo. Recordad, mirando a la Virgen del Rosario, que “en el corazón de la Iglesia resplandece María. Ella es el modelo de una Iglesia joven que quiere seguir a Cristo con frescura y docilidad” (*Christus Vivit*, 43); llama

la atención la fuerza del “sí” de María joven; era decidida y dijo “sí” sin vueltas; el “sí” de quien quiere arriesgar y comprometerse; el “sí” y las ganas de servir fueron más fuertes que las dudas y las dificultades” (id. 44). “Sin evasiones ni espejismos sostiene y acompaña, cobija y abraza: Ella es la gran custodia de la esperanza”. Ella sabe que es portadora de una promesa de Dios. También tu. ¿Cuál será tu respuesta? ¿qué espera Dios de ti? ¿de qué promesa eres responsable? La Virgen del Rosario es aquella muchacha, la Madre de Dios, que hoy vela por sus hijos de Cádiz para que no se apague en el mundo la luz de la esperanza. AMEN.

Nuestra Señora del Rosario, Ruega por nosotros.